

SANTIAGO PELÁEZ

EL CAMPESINO,
UN VOLCÁN INDOMABLE

SEKOTIA

© Santiago Peláez, 2022
© Editorial Almuzara, S.L., 2022

Primera edición: abril de 2022

COLECCIÓN NARRATIVA CON VALORES • NOVELA
EDITOR: HUMBERTO PÉREZ-TOMÉ ROMÁN
MAQUETACIÓN: MANUEL MONTERO REINA

WWW.SEKOTIA.COM

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Imprime: Romanyà Valls
ISBN: 978-84-18952-88-3
Depósito legal: CO-293-2022

Hecho e impreso en España-*Made and printed in Spain*

*Mi agradecimiento a María Fuensanta Esteban, mi mujer,
y a mi amigo Arturo González, por su colaboración en la
documentación y corrección de este libro.*

*«Los cobardes agonizan muchas veces antes de morir.
Los valientes ni se enteran de la muerte».*
Julio César

Indice

| | |
|---|-----|
| PRÓLOGO..... | 17 |
| METZ, 1977..... | 23 |
| LA ENTREVISTA EN METZ..... | 38 |
| PRIMERA PARTE..... | 51 |
| SU VERDADERA HISTORIA | 53 |
| LA ESPAÑA MONÁRQUICA | 55 |
| VALENTÍN, EL NIÑO..... | 59 |
| VALENTÍN, EL ADOLESCENTE | 65 |
| ATENTADO REAL..... | 67 |
| VIVA LA REVOLUCIÓN..... | 69 |
| LAS CAVILACIONES DEL REY | 72 |
| EL DESASTRE DE ANNUAL | 75 |
| CABALLERO LEGIONARIO..... | 77 |
| EL CAMPESINO EN EL PARTIDO COMUNISTA..... | 80 |
| UN REY DESESPERADO ANTE LA SITUACIÓN DE ESPAÑA..... | 85 |
| LA LLEGADA DE MANUEL AZAÑA | 88 |
| LA PROCLAMACIÓN DE LA SEGUNDA REPÚBLICA | 91 |
| MUERA EL REY | 94 |
| EL CAMPESINO ABRAZA LA REPÚBLICA | 95 |
| UN REY SIN CORONA..... | 97 |
| SE CONSTITUYE EL GOBIERNO DE LA REPÚBLICA..... | 104 |
| LA REPÚBLICA NO MEJORA LA SITUACIÓN EN ESPAÑA..... | 108 |
| EL ASESINATO DE CALVO SOTELO | 113 |
| PREPARATIVOS PARA LA GUERRA | 117 |
| LAS CLAVES DEL CONFLICTO BÉLICO | 122 |
| UN RÉGIMEN EN QUIEBRA..... | 130 |
| MOLA PREPARÓ EL GOLPE DE ESTADO | 135 |
| EL ASEDIO DEL ALCÁZAR DE TOLEDO..... | 137 |

| | |
|---|-----|
| FRANCO NOMBRADO GENERALÍSIMO | 139 |
| VALENTÍN EN LA GUERRA, A LOS VEINTISIETE AÑOS | 141 |
| LA TRAGEDIA DEL CUARTEL DE LA MONTAÑA | 145 |
| MATANZAS EN EL MADRID REPUBLICANO..... | 150 |
| LOS PASEOS Y LAS SACAS | 154 |
| LA PASIONARIA GRITA: «NO PASARÁN» | 156 |
| LORCA FUSILADO..... | 159 |
| EL ORO DE MOSCÚ | 163 |
| ¿VERDAD O FANTASÍA?..... | 165 |
| MIGUEL HERNÁNDEZ. SU FUSIL: LOS VERSOS..... | 179 |
| EL HOTEL DE LOS CORRESPONSALES DE GUERRA..... | 182 |
| LAS VISITAS AL FRENTE DE NEGRÍN..... | 188 |
| BATALLA EN LA SIERRA MADRILEÑA | 190 |
| EL JARAMA | 192 |
| LA BARBA NEGRA DEL CAMPESINO | 195 |
| CRÍTICAS A LOS MÉTODOS DEL CAMPESINO | 197 |
| ROSARIO LA DINAMITERA Y JUANA, LA MUJER DE VALENTÍN | 199 |
| PARACUELLOS, EL TERROR ROJO | 203 |
| MÁS OLOR A MUERTE..... | 209 |
| ESPAÑA DEJÓ DE SER CATÓLICA..... | 212 |
| EL CAMPESINO ORDENA FUSILAR AL QUE NO LE OBEDEZCA..... | 216 |
| EL CAMPESINO Y MODESTO VUELVEN A VERSE LAS CARAS | 218 |
| VOLUNTARIOS A LA FUERZA..... | 223 |
| LA BATALLA DE TERUEL..... | 226 |
| LA BATALLA DE LÉRIDA..... | 234 |
| LA BATALLA DEL EBRO..... | 237 |
| «¿YO, UN COBARDE?» | 240 |
| FRANCO SE CABREA..... | 241 |
| LA REPÚBLICA SE EXTINGUE..... | 244 |
| DIEZ FRASES DE AZAÑA PARA LA HISTORIA | 248 |
| ADIÓS A NEGRÍN..... | 250 |
| EL GOLPE DE CASADO..... | 251 |

| | |
|---|-----|
| SEGUNDA PARTE..... | 255 |
| EL EXILIO..... | 257 |
| LENINGRADO..... | 263 |
| COMITÉ DE BIENVENIDA A LA URSS..... | 266 |
| LA ENTREVISTA CON STALIN..... | 271 |
| MALAS NOTAS..... | 274 |
| TRABAJAR EN EL METRO DE MOSCÚ POR OBLIGACIÓN..... | 277 |
| CARTA A STALIN..... | 284 |
| DE TEHERÁN A LA LUBIANKA..... | 287 |
| VORKUTA: EL INFIERNO BLANCO..... | 293 |
| EL ÚLTIMO BESO DE SU AMANTE..... | 299 |
| TERCERA PARTE..... | 309 |
| RETRATO EN NEGRO..... | 317 |
| EL PASADO MÁS OSCURO..... | 322 |
| HOMBRES SIN ESCRÚPULOS..... | 327 |
| EL SUEÑO DE REGRESAR..... | 329 |
| EL PROCESO ROUSSET..... | 332 |
| UNA COLABORACIÓN PROVECHOSA..... | 345 |
| EL CRIMEN DE ORBAICETA..... | 348 |
| LA LITERATURA DEL DESENGAÑO..... | 353 |
| EPÍLOGO..... | 357 |
| DE NUEVO EN ESPAÑA..... | 359 |
| EL ÚLTIMO ADIÓS..... | 369 |
| LA MUERTE DEL CAMPESINO..... | 376 |
| NOTAS AL FINAL..... | 379 |
| BIBLIOGRAFÍA..... | 385 |

Pedro Palacios Salvador, el prologuista de este libro, es un catalán, natural de Sitges (uno de los pueblos más hermosos de España), donde nació el 4 de abril de 1951. Actualmente vive en Barcelona, en el barrio que él denomina como «República Independiente del Eixample».

Estudió en la Escuela Oficial de Periodismo de Barcelona y es periodista y escritor. Su forma de redactar, de escribir, de documentarse sobre lo que cuenta es venerada por sus seguidores, entre los que me encuentro. Y también por los que no lo son. Porque su prosa es directa, rica en matices, extraordinariamente precisa y lírica. De ahí mi profunda admiración.

Es un hombre sencillo, moderno y moderado. Sin estridencias ideológicas. Objetivo y preciso en el lenguaje y, como decía, casi un cirujano en la escritura.

Su creencia religiosa es «¡Vive y deja vivir!».

Su frase favorita es que «Hay dos formas de vivir la vida. Una es como si no existiesen los milagros. La otra es como si todo fuera un milagro» (la cita es de Einstein).

Siendo periodista y escritor, el rasgo que mejor define a Pedro Palacios es que es un gran vitalista y un creador. Por ello fue investido Caballero de la Orden del Camino de Santiago, porque es caminante impenitente, un culo inquieto,

un extraordinario observador de la realidad, que luego cuenta regularmente a sus lectores.

Periodista de profesión, trabajó en Cadena Ser y en el periódico *Mundo Diario* de Barcelona, informando sobre la transición política, por lo que es un perfecto conocedor de ella.

También fue director ejecutivo de *Interviú*, director de comunicación de los Juegos Olímpicos y Paraolímpicos de Barcelona 92 y, lo que es más importante, fue asesor de comunicación de Juan Antonio Samaranch y consultor del Comité Olímpico Internacional y del Museo Olímpico de Lausanne.

Pedro Palacios es el autor del libro *Samaranch, presidente del CIO. 21 años que cambiaron el deporte*.

Actualmente es director general del galardón Capital Española de la Comunicación, vicepresidente ejecutivo del Club de la Prensa Turística y miembro de FEPET (Federación Española de Periodistas de Turismo).

PRÓLOGO

Vaya por delante que lo que expongo solo son opiniones personales, que ante nadie he de rendir cuentas porque solo corresponden a un veterano periodista que comparte oficio, alma y corazón con Santiago Peláez Pérez (SPP), el autor. El lector se encuentra ante algo que no es una biografía al uso. Estamos, pues, ante un género en el que el autor fusiona la denuncia política, los hechos históricos, la represión más cruel, despiadada e inhumana, las aventuras de un superviviente y la vida sentimental del hombre, el mito de un extremeño indomable. Va más allá de disfrutar de un relato sobre la vida ejemplar, más o menos, de un ciudadano ilustre, más o menos. El lector se encara ante un libro valiente, relato concebido desde la mirada muy personal del autor —que se puede compartir o no—, muy documentado, sobre un personaje controvertido, protagonista de nuestra guerra civil: Valentín González, más conocido como el Campesino.

En las redacciones de los medios de comunicación donde nos hicimos hombres, todos hemos visto cómo se manufacturaban muchos tópicos. Algunos de ellos vienen de lejos. No se trata de ley escrita y, por lo general, son injuriosos, desafortunados y vacíos. Los viejos redactores jefes estimulaban esta tradición para así someter a redactores noveles y asustar a becarios

inexpertos. El tópico más injusto que corretea por la redacción es aquel que dice que «El que vale, vale, y el que no, a Deportes».

El autor de *El Campesino, un volcán indomable* es un periodista de deportes, Santiago Peláez Pérez, rostro muy conocido durante muchos años por su aparición en la pequeña pantalla. Ha desarrollado una intachable carrera profesional en diversos medios, destacando en algunos de máxima audiencia como Televisión Española o Radio Nacional de España. Sus años dirigiendo la vespertina *Radiogaceta de los deportes* son un ejemplo de periodismo radiofónico, dinámico, riguroso y, a la vez, ameno. En estas antenas, siempre demostró una gran maestría en el oficio de informar, al ejercer la profesión de forma veraz y comprometida.

Con estos prolegómenos, surge la inevitable pregunta: ¿por qué y cómo un periodista deportivo famoso se mete en camisa de once varas y se adentra en el terreno pantanoso de biografíar a un personaje histórico y polémico como Valentín González, alias el Campesino? Se me antojan muchas razones, pero destacaré dos: para demostrar fehacientemente que un periodista deportivo sirve para algo más que para formular la consabida pregunta de ¿justo el resultado? (que uno, por cierto, nunca ha escuchado realizar a los grandes maestros) y para poder aplicar en el relato histórico las tradicionales técnicas del periodismo deportivo. Y ¿cuáles son esas técnicas? Echemos mano del manual.

1. Acudir a la fuente: SPP respeta escrupulosamente el proceso aprendido en la Escuela de Periodismo: preguntar, escuchar y relatar. En plena transición democrática, en 1977, SPP y su grabadora viajaron hasta el exilio de Metz para entrevistar al histórico personaje. Así, sin intermediarios, cara a cara, para obtener el testimonio directo, puro y duro. Sin añadiduras ni aditamentos.

El resultado de este encuentro es que no se trata de una biografía al uso. El autor ha aplicado un método bien desarrollado y contrastado en sus programas en la radio pública.

2. Contrastar: estructurada a partir de la entrevista personal y aliñada con investigaciones sobre el personaje que en muchas ocasiones contradicen y desmienten las afirmaciones del personaje entrevistado. Como en los juicios, al entrevistado siempre se le está permitido mentir y puede no decir la verdad si con ello apuntala su defensa.

3. Lenguaje claro: el libro está narrado con un lenguaje claro, sin contemplaciones, a veces, incluso, despiadado para el personaje biografiado. La misión del periodista es escuchar, procesar la información para captar el interés del lector. Con ritmo muy radiofónico, si se me permite. El propio SPP lo confiesa y reconoce:

El personaje es de difícil trato y la entrevista fue paciente e intrincada. De eso, doy fe. Fue el aspecto que más me llamó la atención de su personalidad. Hablando con él no sabía qué parte de lo que contaba era verdad, y cuál era mentira. Resultaba muy difícil llegar a ninguna conclusión sobre la situación histórica que le tocó vivir. Para ser sincero debo admitir que en su relato me pareció que había más fantasía que realidad. O, dicho de otro modo, que se había imaginado determinados episodios que nunca tuvieron lugar pero que él contaba como si hubieran ocurrido realmente.

4. Estilo directo: SPP usa un estilo directo, claro y sin rodeos ni contemplaciones. A veces, incluso un pelín agresivo, como el que sospecha que va a enfrentarse ante un final complicado y no para de hacerse preguntas.

¿Por qué se convirtió en un mito, un hombre sin cultura, sin dos dedos de frente, un militar que ni siquiera sabía interpretar un plano, un personaje rudo como la coza de una mula, un necio, embustero y embaucador, un hombre sin principios, analfabeto, sanguinario, indisciplinado?

5. Relato valiente: más allá del estilo, SPP aplica magistralmente la técnica del periodismo incisivo. En tiempos de uso de un lenguaje políticamente correcto, de poner constantemente el freno de mano usando adjetivos neutros y blandengues, aplicando silencios cómplices y/o cobardes, se agradecen testimonios expresados sin pelos en la lengua.

A Carrillo y a Mera, Valentín les parece un fantoche, un desequilibrado, un hombre peligroso y sin límites. Bastante burro, muy cabezón y enfrascado en una autosuficiencia que no saben dónde nace ni tampoco dónde termina. Un analfabeto que dice ser comunista porque el comunismo es la mejor doctrina del mundo. Pero con gente como él, piensan Carrillo y Mera, el Partido no gana nada. Y pierde mucho.

Sigue así la visión del personaje: «Gañán, un bruto, un animal, un fanfarrón, un chulo, un hombre bronco y temerario, un lunático, un hombre al que todos que le contemplan les gustaría darle una patada en el culo y echarlo de su lado».

6. Narrar hechos: el autor relaciona el liderazgo del Campesino con hechos acontecidos y personajes de variopinto plumaje. Aborda temas tabús, auténticos secretos de Estado, aún hoy por desvelar. Solo avanzo, a modo de aperitivo, y sin ánimo alguno de cometer pecado de *spoiler*, aventuras dignas de película de acción: las peripecias seguidas para sacar el oro del Banco de España y conducirlo de Cartagena a Moscú; las riñas fratricidas con los altos oficiales de la República, los comunistas Enrique Lister o Juan Modesto; la abominable matanza de Paracuellos; la atribuida participación de Santiago Carrillo, líder comunista que alentó la política de reconciliación durante la transición del franquismo a la democracia actual; o el papel épico y testimonial de los poetas. Ilustra el libro con poemas de Alberti sobre «Madrid, corazón de España», de Antonio

Machado, Federico García Lorca y de Miguel Hernández sobre el «mariscal» Valentín, a quien describe al frente de la 46.^a División en la primea línea de combate:

Apenas duerme; come con una mano y dispara con la otra; truena y relampaguea contra los cobardes, los retrasados y los bribones. Tiene una palabra que quema, unos ojos que petrifican y una barba revuelta y negra, que es el terror de moros y alemanes.

7. Denuncia del totalitarismo estalinista: su exilio en la Unión Soviética, los trabajos forzosos en el metro de Moscú, las represalias del régimen de Stalin, su encarcelamiento en la prisión de alta seguridad de la Lubianka y su internamiento en los campos Gulags estalinistas para comunistas desviados, sus épicas fugas que dejan al mítico Papillón como un inocente *boy scout* constituyen episodios de una vida digna de serie de Netflix.

Les dejo en buenas manos.

Pedro Palacios
Periodista

METZ, 1977

Para un hombre que ha estado cautivo la mayor parte de su vida, Metz debía de ser una ciudad maravillosa.

Situada en la región del gran este de Francia, está llena de jardines y arbolados y bañada por los ríos Mosela y Seille, que a veces avanzan juntos y confluyen formando tres islas habitadas. La pequeña Saulcy, la gran Saulcy y Chambièrre.

Valentín González solía caminar siguiendo el curso de esos ríos horas enteras recordando los pasajes de toda su vida.

El río Mosela viene desde el macizo de los Vosgos, en Francia, donde nace, y tras su paso por Metz desemboca en el río Rin en Coblenza (Alemania), tras un largo recorrido de 560 kilómetros. Y casi al final de su recorrido forma la frontera entre Luxemburgo y Alemania.

Ese río subyugó al Campesino cuando el Gobierno francés decidió fijar su residencia en Metz para tenerlo controlado en todo momento.

Además, el Gobierno francés le empezó a pagar una pensión muy reducida, escasa, para que pudiera seguir viviendo. El domicilio en el que se le dejó alojarse de forma gratuita estaba en el centro de la ciudad, pero era una casa vieja, rancia, incómoda y destartada.

No lejos de esa casa se hallaba la Residence: 3ª Age

Saint-Clement, que era donde pasaba las tardes del otoño de su vida.

Cuando llamamos al timbre de su casa y nos abrió la puerta, mi primera impresión fue la misma que él sintió cuando conoció a Stalin: «Es un hombre vulgar».

Iba vestido con un doble jersey de color negro hasta el cuello del que sobresalía el cuello de la camisa. Y sobre los jerséis una chaqueta, de color gris, con dos bolígrafos en el bolsillo superior izquierdo. El pantalón gris y zapatos zarrapastrosos de haber andado muchos caminos.

Se parecía físicamente a mi abuelo Samuel, que durante la guerra civil fue un rojo convencido y un luchador infatigable al lado de la República. Hablaba como él, agitando mucho las manos, como tratando de reafirmar cuanto decía. Posaba en cada uno de los rincones de su casa, como un actor consumado. Incluso se permitía el lujo de indicarle a mi compañero, el fotógrafo Rogelio Leal (casi dos metros de estatura y más de ciento veinte kilos de peso), cuál era el ángulo perfecto para obtener las fotografías. Era como si ya le hubieran fotografiado allí mismo cien veces. Se prestaba a echarse sobre la cama, fregar los cacharros, mostrar los libros de sus memorias o enseñarnos las heridas de guerra en sus brazos, en su tórax, en su mandíbula. Era como si llevara la vida entera recibiendo periodistas y sabiendo muy bien cómo domarlos.

El Campesino tenía la misma estatura de mi abuelo, alrededor de metro setenta. El mismo color de la piel, una piel curtida, abrasada por el sol «del tajo diario», y su cabello era ceniciento.

Sus manos parecían algo temblorosas y nos dijo que vestía un jersey debajo del otro para combatir el frío que hacía aquellos días en Metz, ya que por lo que vi no disponía de ningún calefactor, tal vez porque su economía no se lo permitía o no le alcanzaba para pagar un capricho semejante. O tal vez porque

estaba acostumbrado a vivir con el frío en el cuerpo desde que estuvo en Vorkuta y lo combatía a su manera.

Pero a diferencia de mi abuelo, en los ojos chispeantes del Campesino se adivinaba todavía que hubo un tiempo en que debió ser un hombre temible, de cuidado, un lobo feroz.

De ser cierto cuanto se contaba sobre él, era un personaje para la historia. Para la historia más cruel y violenta de la guerra civil española.

Pero al mismo tiempo, Valentín González era también un muerto en vida, un superviviente de los más atroces sufrimientos que pueda soportar un ser humano.

Cuando nos pusimos a hablar me reconoció haber sido un idealista, un aventurero, un anarquista, un comunista, un trotskista, un estalinista y, en ese momento, un ser desencantado de todo lo que fue y completamente arrepentido de haber creído alguna vez que existía un paraíso socialista en la Unión Soviética.

Durante la entrevista procuró siempre evitar que yo pensara que su imagen se había empequeñecido con el paso del tiempo.

Quería ofrecer al mundo la imagen que había transmitido siempre, la del temible guerrero. Estaba claro que quería seguir viviendo de la fama que cosechó durante la guerra civil, de hombre recio, bragado, admirado, casi idolatrado por sus viejos compañeros cuando se convirtió en el jefe más temido de la República.

Pero su vida como soldado o como jefe de su ejército fue siempre sometida a todo tipo de juicios, sobre todo por los que fueron sus más estrechos jefes o colaboradores durante la contienda nacional.

Resultaba sorprendente que hubiese tenido siete vidas, como los gatos. Porque se necesitan todas esas vidas para escapar de lo que él consideraba «fuego amigo» en el exilio de la URSS.

Allí la Pasionaria, Líster y Modesto no le hicieron la vida fácil, antes, al contrario, algunos de ellos trataron de hundirle, de hacerle desaparecer del mapa para siempre, según me contó. Y tal vez eso le convirtió en un ser intratable, huidizo, poco amigo de creer en nada ni en nadie. Tenía la mala experiencia del maltrato sufrido en plena contienda nacional por su comportamiento y también en el exilio; no en vano su vida había sido una cadena entera de persecuciones, encarcelamientos y mala vida desde que fue un niño.

En el exilio sobrevivió al odio de sus propios compatriotas, es decir, a la perfidia humana como antes había sobrevivido al Gulag, de las cárceles de Stalin.

Cometió tantos errores, me dijo, que fue detenido en varias ocasiones y conducido a los campos de concentración más terribles de la Rusia estalinista. «El estado más opresor que recuerda sobre la tierra».

Su vida era una novela. Y ya se había escrito por capítulos. Pero cada capítulo contenía —según él— una carga ideológica de la que no pudo sustraerse su mentor, Julián Gorkin.

Es decir, que Gorkin no había escrito sus recuerdos tal como él se los contó, sino que añadió de su cosecha todo lo que le convenía para conseguir el objetivo final de acabar diciendo lo que él mismo pensaba y en lo que creía. Y esa no era la verdadera historia del Campesino. Era solamente una parte de su vida. La otra era la vida del propio Gorkin.

De modo que resultaba difícil saber a ciencia cierta qué parte era suya y cuál la de su compañero.

Juntos publicaron varios libros: *Vida y muerte en la URSS*, una autobiografía publicada en 1950 y que trata sobre la vida del Campesino desde el año 1939 a 1949; *Comunista en España y antiestalinista en la URSS*, que se publicó tres años después, en 1952, y se adentra en el terrible cautiverio que el Campesino sufrió en los campos de concentración de la URSS; y *Yo elegí*

la esclavitud, que publicó Plaza y Janés en 1977 y cuyas notas escritas por el Campesino reposaban sobre la mesa camilla de su casa o la máquina de escribir que aporreaba por las noches.

Ese tercer libro habla claramente de lo que era la Rusia de Stalin, y no precisamente muy bien.

Pese a la publicación de sus dos primeros libros, cuando yo le visité a finales de enero de 1977, el Campesino había desaparecido casi por completo de la vida pública, de las revistas, de los periódicos. No se sabía si estaba vivo o muerto. Y mucha gente, tanto de izquierdas como de derechas, se preguntaba qué había sido de aquel bravo guerrero del que Miguel Hernández dijo una vez que era un volcán indomable.

En Metz vivía en una casa que más bien parecía una cueva, un cuchitril, y la policía vigilaba estrechamente sus pasos y también los de la gente que lo visitaba. Preferían tenerlo encerrado en una «jaula dorada» antes de permitirle que campara a sus anchas por el país, porque cada vez que le permitieron cierta libertad de movimientos lo aprovechó para cometer un hecho delictivo.

Una de sus últimas hazañas consistió en cruzar los Pirineos para participar en un documental para una televisión, y lo que realmente hizo fue matar supuestamente a dos guardias civiles, aunque nunca se supo a ciencia cierta si lo hizo él mismo o lo hizo alguno de los miembros del comando que él formó en Francia con el propósito de cruzar a España y asesinar a Franco.

Aquel atentado le costó prisión en una isla de Francia. Y eso no lo entendió.

[Dijo] creer que estaba en un país libre y democrático donde no se le mete en la cárcel a nadie si no se prueban los hechos de forma fehaciente, es decir, de forma clara y concluyente y en su caso no había sido así.

El Campesino debía creer que en el país galo podía hacer lo que le daba la gana y se equivocaba. En Francia se persigue a los delincuentes, como en cualquier otro país del mundo.

Tras su último paso por la cárcel fue enviado precisamente a Metz, el lugar donde nos recibió. Allí en Metz escribía por las noches lo que ideaba durante el día. Escribía con mayúsculas, sin orden ni concierto, sin mantener ningún sentido cronológico en sus historias. Eran como pinceladas de un pintor ya acabado que no sabe por dónde empezar su último cuadro.

Creía, ingenuamente, que ya había aprendido lo suficiente como para no depender de la pluma de Gorkin. Ahora iba a publicar todas sus verdades. Pero llevar a cabo aquella aventura sin la ayuda de Gorkin resultaba imposible. Sin él, aquellos apuntes no hubieran visto jamás la luz ni habría podido obtener los pingües beneficios que le procuraron las ediciones de cada uno de sus libros. Lo que pasa es que aquellos beneficios debían estar muy repartidos.

Durante nuestra primera entrevista en Metz aquel año de 1977, la cabeza del Campesino ya no andaba muy bien. Su salud se empezaba a quebrantar. Vivía entre las nubes del pasado y la realidad del día a día, y pensaba ya en la muerte. Tal vez por eso, previendo un final cercano, quiso volver a España y para acelerar su regreso accedió a que lo pudiéramos entrevistar, aconsejado sin duda por Julián Gorkin. España era ya una democracia, y el frío de Metz se le metía en los huesos.

El historiador Ramón Salas escribió sobre él que fue toda una leyenda. Lo hace en su libro *Historia del Ejército Popular* (Ed. Nacional, 1973), en el que dice que «Fue un fabuloso guerrillero, de innegable audacia y dotes de mando. Tenía un gran sentido teatral y era fanfarrón, ampuloso y embustero hasta lo inconcebible».

De eso, doy fe. Fue el aspecto que más me llamó la atención de su personalidad. Hablando con él no sabía qué parte de lo que contaba era verdad y cuál era mentira.

Resultaba muy difícil llegar a ninguna conclusión sobre la situación histórica que le tocó vivir. Para ser sincero, debo admitir que en su relato me pareció que había más fantasía que realidad. O, dicho de otro modo, que se había imaginado determinados episodios que nunca tuvieron lugar, pero él los contaba como si hubieran ocurrido realmente. Y es que había convertido las mentiras en verdades permanentes.

¿Por qué se convirtió en un mito un hombre sin cultura, sin dos dedos de frente, un militar que ni siquiera sabía interpretar un plano, un personaje rudo como la coza de una mula, un necio, embustero y embaucador, un hombre sin principios, analfabeto, sanguinario e indisciplinado?

Según Ramos Salas: «Porque su aspecto, su temperamento están claramente enraizados en toda una tradición en la que brillan conquistadores, guerrilleros y aventureros que hicieron la historia de España. Una España que no era tan mala».

Pero no todos los historiadores que han estudiado su figura piensan como Ramón Salas.

Algunos de ellos se preguntan si era de verdad un valiente soldado o un gran cobarde, como afirmaron siempre algunos de sus más ilustres compañeros en el frente: Líster, Gustavo Durán y Modesto.

¿Era comunista, trotskista, estalinista o simplemente un hombre del campo, algo paranoico, no muy cabal?

Allí estaba yo para averiguarlo. Enfrente de mí tenía aquella tarde en Metz al provocador, al fanfarrón, al cobarde que había abandonado a sus tropas durante la guerra civil española según los generales Modesto y Líster, y al encargado de depositar el oro español en el barco que lo transportó a la Unión Soviética, según su propio relato y el de Jesús Fernández y Prieto. Aunque muchos otros historiadores no están de acuerdo con ello y con la importante misión que dice que acometió para sacar el oro de España.

Con aquel oro, según el bando franquista, fue financiada la campaña de inspiración comunista contra España, tras la guerra civil, subvencionando y adquiriendo periódicos y emisoras de radio.

El oro, según el punto de vista de los rusos, y tal como reflejaba el periódico *Pravda*, era la garantía por el pago de los aviones, las armas y otras mercancías soviéticas enviadas a la República española. No solo se había gastado todo, sino que todavía se debían cincuenta millones de dólares a la Rusia soviética.

La URSS, según el bando franquista, no había enviado más que armamento viejo a cambio del oro robado, y lo gastó en la segunda fase en su intento de apoderarse de España a partir de 1945. Así lo publicó el diario *Arriba* el 13 de enero de 1955.

Sea como fuere, la vida del Campesino daba para un largo metraje intenso y lleno de suspense, de pena y a veces de compasión. Fue uno de los expulsados de la Academia Militar del Ejército Rojo. Fue el hombre que no logró encontrar un rincón en el mundo en el que sentirse feliz durante su exilio. Fue el tipo capaz de escapar dos veces de un campo de concentración en los Urales y de Vorkuta cerca del círculo polar ártico. ¿Escapar? ¿O fue ayudado para que escapase?

Ahora estaba en Metz sumido en la miseria. Rodeado de cartas de grandes editoriales, como la de Plaza y Janés, que le ofrecía veinticinco mil francos franceses adelantados y un 10 % de la venta de un nuevo libro con sus verdaderas «memorias».

Pero hubo algo que me llamó la atención especialmente. En un rincón de la casa, en el lugar donde alguna vez hubo una chimenea, que sin duda llevaba tiempo sin encenderse, estaban almacenados periódicos y revistas. Entre los que se encontraban más arriba, más visibles, pude observar que existían periódicos españoles y franceses que recogían la noticia de la matanza de la calle Atocha, ocurrida solamente una semana antes. Los periódicos estaban muy manoseados, alguno de ellos

con grasa, como si el Campesino los hubiese leído y releído cien veces, mientras cenaba o comía sobre ellos.

Al observar que me habían llamado la atención, Valentín González esbozó una sonrisa amarga, como de abatimiento, y se acercó a ellos y los cogió entre sus manos. Y me los acercó a la cara para que mis ojos los contemplasen.

—Vaya cosita que hicieron esos hijos de perra —comentó—. Matar abogados, acabar con los que nos defienden, tratar de borrarnos del mapa. ¿Qué se dice de esto en España?

—Que fue una salvajada, una barbaridad, algo inconcebible. Una maldad —le dije.

—Cabrones de mierda, chulos, señoritos del barrio de Salamanca, seguro.

—Aún no se sabe con certeza quiénes fueron los asesinos —trate de corregirlo—. Al menos no se sabía con certeza cuando yo salí de España.

—¿Cómo qué no? Ahí lo dice muy clarito en los periódicos franceses. Fueron miembros de un comando de ultraderecha, fascistas de mierda, señoritos de postín que se aburrían y quisieron divertirse un poquito apretando el gatillo de sus pistolas. ¿Qué se cree usted, que aquí no nos enteramos de todo lo que pasa en España antes que ustedes mismos? Aquí no hay censura de prensa. Los periódicos franceses no se callan nada.

La matanza tuvo lugar el 24 de enero y el 25 la noticia ya formaba parte de las portadas. Los periódicos del 26 mostraban toda la crudeza de los asesinatos, cuya información yo había cubierto para mi revista antes de volar a Francia para entrevistar a Líster y al Campesino.

«Cinco muertos y varios heridos muy graves en una matanza a abogados laboristas en la calle Atocha», rezaban los titulares de los periódicos, e informaban que todo había sucedido a causa de un ataque terrorista de un grupo

ultraderechista contra abogados laboristas de Comisiones Obreras y del Partido Comunista.

Las fotos de los fallecidos ilustraban macabramente las portadas. Eran los abogados Luis Javier Benavides, Francisco Sauquillo y Enrique Valdevira; el estudiante en prácticas Serafín Holgado; y el administrativo Ángel Rodríguez Leal.

Los heridos graves eran Miguel Sarabia, Alejandro Ruiz Huerta, Luis Ramos y Dolores González Ruiz.

—Esto es lo que sigue pasando en mi país —repitió el Campesino—. El fascismo de la ultraderecha. Ganas me dan de coger ahora las dos pistolas que tengo ahí, echármelas al cinto y volver a España para hacer justicia. Cinco muertos —dijo—. Cinco defensores de la libertad. ¿Cree usted que se sabrá alguna vez quiénes han sido los culpables de esos asesinatos? Yo creo que no. ¿Cree usted que les intentarán buscar para meterlos en la cárcel de por vida? No lo creo. ¿Qué piensa usted?

—Yo espero y deseo que les atrapen y que recaiga sobre ellos todo el peso de la justicia —le contesté—. Lo espero yo y creo que casi todos los españoles.

—Ha dicho que usted estuvo allí, cubriendo la información.

—Sí, así fue.

—Cuénteme, por favor, todo lo que vio. Me interesa mucho conocerlo de primera mano. Ya tendremos tiempo después para que usted me haga la entrevista.

—De acuerdo —le dije.

Se recostó en el sillón más cómodo que tenía, dejó los periódicos en el suelo, entrelazó las manos y se dispuso a escuchar con enorme atención lo que le iba a contar. Y nos dijo al fotógrafo y a mí que nos sirviéramos el vino que quisiéramos en las copas que había dejado sobre la mesa.

Entonces le conté que cuando yo acudí al lugar del horror fue el día 25 de enero por la mañana. La matanza fue a las diez y cuarto de la noche del día anterior, el 24, y los periodistas que

acudimos al número 55 de la calle Atocha para cubrir la información estábamos espantados por lo ocurrido.

Había un par de policías guardando la entrada del portal y solo pudimos ascender al piso la prensa acreditada.

El viejo ascensor no funcionaba. Hubimos de subir las escaleras peldaño a peldaño y pudimos comprobar cómo casi todos los escalones estaban manchados de sangre, tal vez porque quienes arrastraron los cuerpos de los heridos para trasladarlos urgentemente en sus coches a los centros hospitalarios más cercanos querían ganar tiempo con el fin de que sus compañeros pudieran llegar allí con vida.

El ascensor seguro que ya no funcionaba y en su nerviosismo ni siquiera esperaron la llegada de las ambulancias. Intentaron ganar tiempo al tiempo.

Tres pisos más arriba, en el despacho de los abogados, estaba la puerta abierta, y en la entrada había varios cubos medio llenos de sangre. Alguien se había tomado la molestia de recoger la sangre derramada por los suelos con las fregonas en el lugar donde los abogados fueron asesinados. Era un escenario atroz, porque sobre una de las paredes había varias balas incrustadas. Contemplar aquello e imaginar lo sucedido el día anterior hizo que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo y sentí auténtico pavor al pensar en qué seres humanos pueden llevar a cabo algo semejante.

Aquella escena provocó en mí un miedo superior al que me causaron los pistoleros de ETA cuando cometían sus asesinatos.

En uno de aquellos despachos trabajaba Manuela Carmena (que, por cierto, ni el Campesino ni yo nunca imaginamos que muchos años después llegaría a ser alcaldesa de Madrid).

Manuela había estado trabajando toda la tarde, pero se había marchado poco antes de que llegaran los asesinos.

Cuando yo volé a Francia para entrevistarme con Líster y el Campesino, en España solamente se sabía que la matanza había

sido llevada a cabo por pistoleros de la ultraderecha, ya que así lo manifestaron los supervivientes que seguían luchando por su vida en distintos centros hospitalarios.

Le dije al Campesino que España quedó conmocionada con lo ocurrido y que el hecho puso en serio peligro, en mi opinión, la incipiente democracia que se había generado tras la muerte de Franco dos años antes.

El Campesino escuchó todo lo que le conté con los cinco sentidos y no me interrumpió en ningún momento, aunque torció el gesto en varias ocasiones durante el relato, como maldiciendo que algo parecido pudiera haber ocurrido en plena transición en su país. Al final de mi relato hubo un largo silencio y luego me fijé en que los ojos del Campesino estaban encendidos de odio. Se levantó, se acercó a mí y casi me susurró al oído:

—Solo hubo una cosa favorable en esa barbarie contra los abogados laboristas —dijo.

—¿El qué? —le pregunté.

—Que algunos jóvenes españoles comprenderán ahora cómo se las gastan los fascistas. Antes o después tenían que mostrar su patita y ya lo han hecho, amiguito. Ahí están. No se han ido. Aunque he leído algo que me ha dejado sorprendido, asombrado.

—¿Qué? —le pregunté.

—Dice la prensa que durante el entierro de las víctimas saltaron chispas entre los de derechas y los de izquierdas, pero al final todos se contuvieron y no pasó nada. ¿Es verdad? ¿Fue así?

—Sí —le dije—. Parece que había gente que llevaba encima pistolas, pero afortunadamente nadie las sacó. De haberlo hecho creo que se hubiera producido una masacre. El horno estaba muy caliente, pero al final todos se respetaron. Creo que Carrillo contuvo a los suyos formando un cordón de seguridad que nadie se podía saltar pasara lo que pasara. Y funcionó.

—Funcionó sí, pero no porque lo mandase ese cabrón de Carrillo al que algún día mataré. Funcionó porque la izquierda

y la derecha han tenido que aprender que por mucho que les pese tienen que convivir en España. Ya tuvimos una guerra civil por eso y algunos tuvimos la ocasión de aprender de ello, pero otros parece que no lo han hecho.

Según se pudo averiguar después, sobre las diez y media de la noche de aquel 24 de enero un comando ultraderechista formado por José Fernández Cerra, Carlos García Juliá y Francisco Albadalejo subieron al despacho de abogados laboristas y preguntaron por el dirigente comunista Joaquín Navarro, secretario general de Sindicatos de Transportes de Comisiones Obreras en Madrid, que no se encontraba allí. Entonces, decepcionados por no haberlo encontrado, decidieron asesinar a todos los demás abogados.

Eran dos jóvenes armados con pistolas y una tercera persona que se dedicó a cortar los cables de teléfono y registrar los despachos buscando no se sabe qué.

Los abogados fueron obligados a levantarse y ponerse junto a la pared, y tras diversas chanzas y amenazas uno de los ultraderechistas empezó a apretar el gatillo. Algunos de los abogados murieron en el acto, otros por culpa de sus heridas en los hospitales a los que fueron trasladados. Los que lograron sobrevivir a aquel atentado contaron con horror cómo unos fueron cayendo sobre los cuerpos de los otros.

Algunos abogados salvaron la vida haciéndose los muertos. Miguel Sarabia, Alejandro Ruiz Huerta, Luis Ramos y Dolores González resultaron gravemente heridos.

Los cadáveres de los abogados fueron trasladados a la una de la tarde del día siguiente a la capilla ardiente que se instaló en el Colegio de Abogados de Madrid, en el Palacio de Justicia.

La Sala de Gobierno del Tribunal Supremo decidió declarar dos días inhábiles a efectos judiciales. Y se mandó poner la bandera que ondeaba en el Palacio de Justicia a media asta.

Durante el entierro el ambiente que se palpaba entre los que acudieron a él era eléctrico. En cualquier momento podía saltar la chispa y suceder lo peor.

Había sido un atentado no contra un grupo, sino contra la entera colectividad de los abogados. Y por eso el rumor que corría por la calle era el de que se había exigido una autopsia realizada con las máximas garantías para poder aportar el mayor número de pruebas en la investigación judicial de los hechos. Pero sobre todo se pedía justicia: que los culpables fueran encontrados de inmediato y sometidos a juicio. Y condenados.

Lo curioso es que los asesinos —Francisco Albadalejo, vinculado a FET de las JONS, José Fernández Cerrá y Carlos García Juliá— no se tomaron la molestia de esconderse o huir de Madrid, ya que consideraron que iban a ser protegidos por sus contactos políticos, por haber participado en el llamado terrorismo tardofranquista. Pero se equivocaron por completo porque su captura se convirtió en la principal prioridad del Gobierno presidido por Adolfo Suárez.

La indignación entre la gente de izquierdas había llegado a tal punto que había noticias fidedignas de que se iba a producir violencia de imprevisibles consecuencias.

Sobre todo cuando a la capilla ardiente acudieron miembros de la oposición.

A media tarde comenzaron a llegar hasta el edificio del Palacio de Justicia, situado en la plaza de la Villa de París, muy cerca de Colón, numerosas personas, en su mayor parte trabajadores que deseaban dar su último adiós a los abogados con lágrimas en los ojos y el puño en alto.

Fue tal el número de personas que querían acceder a la capilla ardiente que la policía que hacía guardia en la puerta comenzó a pedir a las personas que querían entrar el carnet de colegiado o el de periodista.

Y al poco tiempo se produjo entre los concentrados un momento de pánico al aparecer fuertes efectivos de la policía antidisturbios, aunque estos nunca llegaron a intervenir.

El entierro estaba previsto para las cuatro de la tarde, y antes de que se iniciara había más de cien mil personas en las calles adyacentes al Palacio de Justicia. En uno y otro lado de la calle por donde iban a ser trasladados los féretros a hombros de sus compañeros había gente de derechas y de izquierdas enarbolando pancartas, gritando, amenazando y los comunistas exhibiendo por primera vez en mucho tiempo sus puños cerrados a mano alzada en todo lo alto.

Pronto corrió el rumor entre la masa de gente que algunos de los que acudieron al entierro portaban pistolas en los bolsillos de sus abrigos. Se esperaba lo peor. Pero afortunadamente no ocurrió nada. Por aquel entonces —enero de 1977— el Partido Comunista aún no había sido legalizado en España. Hubo que esperar unos meses, al Viernes Santo Rojo, para que eso sucediera. Suárez aprovechó la ocasión de que la mayor parte de los españoles estaban de vacaciones de Semana Santa para llevar a cabo una decisión tan arriesgada como necesaria que conmocionó por completo a todos los españoles, especialmente a la clase política¹.